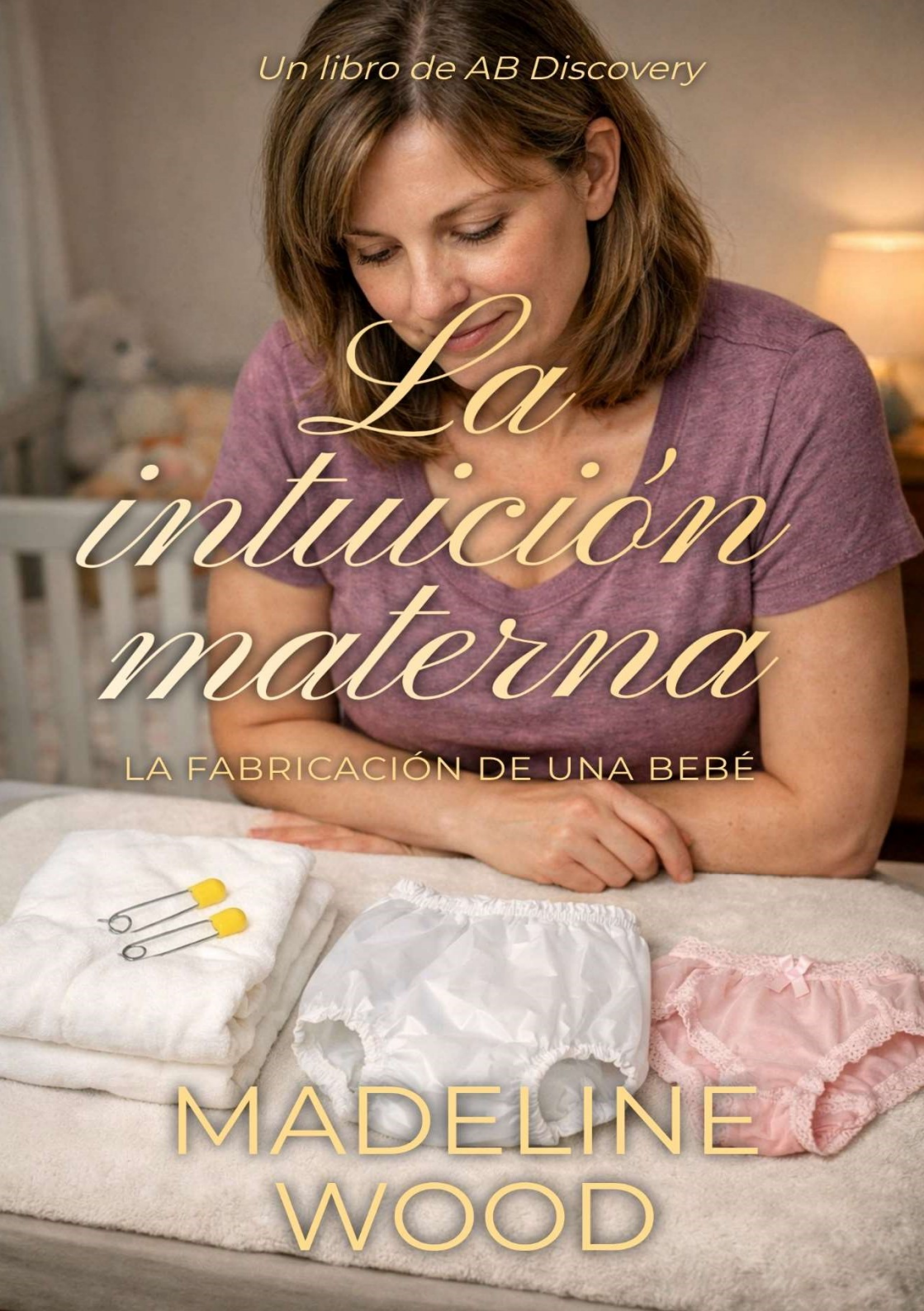

Un libro de AB Discovery
La intuición materna
LA FABRICACIÓN DE UNA BEBÉ
MADELINE WOOD

La intuición materna: La creación de un bebé

por
Madeline Wood

Publicado por primera vez en 2026
Copyright © AB Discovery
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en forma alguna, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de cualquier otra manera sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.
Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Título: La intuición materna: La creación de un bebé
Autora: Madeline Wood
Editores: Michael Bent, Rosalie Bent
Editorial: AB Discovery
© 2026
www.abdiscovery.com.au
Este libro y todos los títulos de AB Discovery ya están disponibles también en formato audiolibro.

Contenido

Capítulo uno: La rutina matutina 5
Capítulo dos: La conversación 12
Capítulo tres: Lo que compró 21
Capítulo cuatro: El primer pañal 30
Capítulo cinco: Cuchara y taza 39
Capítulo seis: La silla alta 46
Capítulo siete: La cuestión del inodoro 54
Capítulo ocho: La cuna 63
Capítulo nueve: El armario 72
Capítulo diez: El bebé completo 80
Capítulo once: El mensaje 88
Capítulo doce: La visita 95

Capítulo uno: La rutina matutina

Las sábanas estaban mojadas otra vez. Sandra las apartó como lo hacía todas las mañanas desde que tenía memoria. Con cuidado, sin dramatismo, dobló la ropa húmeda sobre sí misma antes de que Oliver se moviera. Tenía veinte años. Llevaba tres meses y once días con veinte años. La humedad era la misma de siempre, desde los siete, diez, catorce años, o todas las edades intermedias y posteriores. Nunca había cesado. En realidad, no. Hubo un lapso en su decimoquinto año, cuatro meses, casi cinco, en el que se permitió creer que había terminado, que su cuerpo finalmente había hecho lo que otros cuerpos hacían sin esfuerzo, y entonces una mañana las sábanas estaban mojadas de nuevo y ella se quedó en la lavandería con el bulto en brazos y se permitió exactamente treinta segundos de dolor privado antes de encender la lavadora y ir a prepararle el desayuno.

Era experta en el duelo de treinta segundos. Lo había practicado durante años.

Las sábanas entraron en la lavadora en el ciclo habitual. Ahora medía el polvo por instinto, ya no necesitaba la cuchara medidora. La lavadora se llenó de agua y ella se quedó de pie junto a la ventana de la lavandería mientras el jardín exterior pasaba del negro al gris, hasta llegar al plateado uniforme de una mañana de invierno en un suburbio donde nunca había ocurrido nada extraordinario. Un pájaro se movió en el limonero. Un coche pasó lentamente por la calle. Sandra se preparó una taza de té, la llevó a la encimera de la cocina y se quedó allí de pie con ambas manos alrededor de ella, sin pensar en nada en particular, porque lo particular no tenía adónde ir.

A las ocho y media, oyó el suave crujido de la cama de Oliver mientras él se frotaba contra ella antes de eyacular sobre las

sábanas, como hacía todas las mañanas. Sabía que él creía estar siendo discreto y a menudo se sorprendía y decepcionaba de que pensara que el rítmico crujido de su cama pasaría desapercibido, y mucho menos el abundante semen que quedaba en las sábanas cuando ella las desvestía. Siempre se preguntaba por qué nunca lo limpiaba, sino que lo dejaba a la vista. ¿Estaba orgulloso de su actuación y buscaba aprobación? No lo sabía, pero nunca dijo nada al respecto.

Pero finalmente, el crujido fue el crujido de la puerta del dormitorio de Oliver al abrirse, luego sus pasos lentos en el pasillo, luego la puerta del baño, luego finalmente el pasillo de nuevo y la puerta de la cocina.

Era un joven alto, más alto de lo que ella esperaba, dado que ella no era alta y su padre tampoco había sido particularmente alto. Era rubio, con los mismos ojos grises que ella y una suavidad en los rasgos de su rostro que a veces la gente confundía con timidez. Llevaba los pantalones grises de chándal, ahora mojados, con los que había dormido, y una camiseta grande y desteñida. Cruzó el umbral de la cocina con la cautela matutina de quien aún se está adaptando a un espacio cuyas dimensiones aún desconoce, a pesar de haber vivido en esa casa toda su vida. En resumen, era un poco desgarbado.

Se dirigió al banco, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de pie, dándole la espalda.

—Buenos días —dijo ella.

"Mañana."

Se dio la vuelta. Allí estaban. Las manchas en la parte delantera del pantalón gris del chándal, de un gris más oscuro, húmedas y extendiéndose desde la ingle hasta la parte interior de ambos muslos. No empapadas; nunca se empapaba del todo, había mejorado en eso desde su adolescencia, pero claramente mojadas,

inconfundiblemente mojadas, la tela pegada a su piel de una forma que no dejaba lugar a dudas. La vio darse cuenta, porque siempre la veía darse cuenta.

" Si quieres, hay gachas de avena", dijo.

"Sí, de acuerdo."

Se sentó a la mesa de la cocina, ella le sirvió las gachas y él se las comió. Ella se preparó un té y se sentó frente a él con el periódico, aunque ya no lo leía. Lo recibía por costumbre, la misma costumbre que la había llevado a comprarlo durante toda su infancia, algo relacionado con el ritual matutino, con el peso del periódico en sus manos. Miró la portada y no la leyó. Como la mayoría de la gente, se informaba por internet.

Terminó las gachas, puso el tazón en el fregadero y se fue a duchar. Ella oyó la puerta del baño, el agua corriendo durante diez minutos, luego se detuvo, y el largo intervalo de lo que fuera que hiciera allí dentro entre que el agua se detenía y la puerta se volvía a abrir. Siempre se había preguntado por ese intervalo. Hacía años que había llegado a la conclusión de que era el intervalo de una persona que no sabía darse prisa, que necesitaba más tiempo que los demás para realizar las tareas cotidianas de secarse y vestirse. Lo único que sabía con certeza que no estaba haciendo era masturbarse, ya que la evidencia de su orgasmo matutino aún estaba esparcida por las sábanas, algo que había visto mientras él se duchaba.

Cuando salió, vestía jeans y una camisa de manga larga, y su cabello estaba húmedo y despeinado. Regresó a su habitación. Al pasar junto a ella en el pasillo, ella percibió el olor, no agudo, no el primero que le llegaría a un desconocido, pero ahí, definitivamente ahí: el olor compuesto y sordo de una persona que había tenido pérdidas constantes y abundantes durante todo el día, un olor a orina

rancia y algo más, algo más cálido y cercano, el olor doméstico pleno de un cuerpo joven que nunca se había ido del todo.

Llevaba quince años conviviendo con ese olor.

Ella no dijo nada. Él se fue a su habitación.

En la lavandería, mientras las sábanas se daban vuelta en la lavadora, ella clasificó el resto de la ropa de la semana. Sus calzoncillos habían estado en remojo toda la noche en el cubo de plástico blanco que guardaba debajo del fregadero, el cubo con la tapa azul que no tenía otro uso, que había estado allí desde que él tenía diez años. Vació el agua y se puso a revisar los pares. Seis de ellos ese día, de los últimos tres días. Los paneles delanteros de los seis estaban marcados con el pálido rastro de orina seca, desvanecida a un color amarillo-beige por el remojo nocturno, pero no eliminada por completo. La parte trasera de cuatro de los seis estaba peor, manchada de marrón de una manera que nunca se quitaba del todo, sin importar lo que añadiera al remojo, de modo que había una sombra permanente en la tela, un registro de años de uso, la parte trasera de cada par con esta evidencia indeleble de cómo se las arreglaba su cuerpo. Y el marrón no eran las típicas manchas de descuido de un adolescente. Eran manchas marrones considerables que indicaban que alguien, básicamente, se hacía un poco de caca en los calzoncillos con frecuencia.

A lo largo de los años, había probado muchas cosas. Remojos enzimáticos. Detergentes específicos. Combinaciones de bicarbonato y vinagre blanco que había leído en foros. Las manchas persistían. Ahora eran parte de la ropa interior, como las cicatrices de la piel. Las trató con la misma pragmatismo con la que trataba todo lo demás. Puso la ropa interior junto con las sábanas en un segundo ciclo de lavado y regresó a la cocina.

Alrededor de las once, volvió a aparecer, esta vez con los mismos vaqueros y una camisa diferente. Se quedó de pie junto al

banco preparándose un sándwich. Ella estaba en la mesa con un crucigrama que no estaba resolviendo, y lo miró con esa particular atención oblicua que había desarrollado con los años. No se quedó mirando fijamente, no cruzó la mirada con él, simplemente lo observó. Los vaqueros ya mostraban una leve pero innegable humedad en la parte interior de los muslos; la tela se estiraba y oscurecía de esa manera tan familiar. Su ropa interior estaba húmeda a media mañana, como siempre. Su cuerpo llevaba a cabo su silenciosa, constante e involuntaria tarea de no estar completamente y de forma fiable entrenado para ir al baño.

Se llevó el sándwich a su habitación.

Se sentó con el crucigrama.

Esa misma tarde recogió la ropa del tendedero, moviéndose a lo largo del tendedero giratorio bajo el tenue sol invernal, descolgando sábanas, fundas de almohada, camisas y su propia ropa, y luego su ropa interior, que descolgó y dobló con la misma eficiencia práctica que todo lo demás. Se detuvo un momento con un par en las manos, lo sostuvo bajo la tenue luz de la tarde, observó las manchas, el color amarillo fantasmal en la parte delantera, la sombra en la parte trasera. Era un par que le había comprado hacía unos ocho meses. Parecía tener diez años. Suspiró al darse cuenta de que Oliver no había aprendido a ir al baño como se supone que deben hacerlo los adultos.

La dobló y la añadió a la pila.

Pensaba en él en su habitación, como solía hacer al final de la tarde, cuando la casa estaba en silencio. Pensaba en él tumbado en la cama con su portátil o su teléfono, o sentado en su escritorio con los auriculares puestos, o haciendo lo que fuera que hiciera durante los largos ratos del día, de los que no tenía ni idea desde que había dejado los estudios hacía tres años y no había encontrado un trabajo que durara más de unos meses. No porque no fuera capaz, pues ella

creía que sí lo era, sino porque el mundo laboral, los horarios y las expectativas ajenas parecían desconcertarlo tanto como él mismo, y la sensación era mutua. También sospechaba que la ropa mojada de orina repetidamente no ayudaba.

Era una persona que no encajaba del todo en la estructura de la vida que le había sido impuesta.

Llevaba años pensando en él sin saber qué hacer con ese pensamiento. Se mezclaba con todas las demás cosas que pensaba de él. Que era amable, que no era del todo infeliz pero tampoco del todo feliz, que ayudaba con la basura y el jardín y que había arreglado la puerta trasera el mes pasado sin que se lo pidieran y que una vez, tres años atrás, le había escrito una tarjeta de cumpleaños con un mensaje tan cariñoso y tan acertado que ella había llorado en privado. Que comía todo lo que ella le ponía delante, que nunca en su vida había tenido un amigo que ella hubiera conocido ni una relación de la que le hubieran hablado, que de alguna manera estaba a la vez completamente presente en esa casa y perpetuamente al margen de ella, como si siempre estuviera esperando algo para lo que no tenía nombre.

Ella tampoco tenía un nombre para eso, a menos que fuera... incontinencia.

A las cinco empezó a preparar la cena. A las seis, él salió y ayudó sin que se lo pidieran, poniendo la mesa y llenando los vasos de agua. Comieron y hablaron de una serie de televisión que ambos seguían, una serie policíaca. Él tenía opiniones al respecto y las expresaba con más entusiasmo de lo habitual, y ella lo escuchaba y respondía. La cena transcurrió de forma agradable y sencilla.

Ella se lavó los platos. Él secó. Para entonces, sus vaqueros estaban remendados con manchas oscuras en ambos muslos.

—Te pondré sábanas limpias en la cama —comenzó ella.

"Puedo hacerlo, si quieres", ofreció.

—De acuerdo —dijo ella.

Él no lo hizo. Ella sabía que no lo haría. Lo hizo ella misma a las nueve, después de oírlo irse a su habitación a dormir, cambiando las sábanas con la facilidad que le daba la práctica sobre el protector impermeable, la sábana bajera y la sábana encimera extra absorbente que había empezado a colocar en la parte inferior de la cama hacía algunos años, lo que ayudaba a contener la humedad por la mañana. Hizo la cama bien estirada y se quedó un momento en el umbral mirándola a la luz del pasillo.

Mañana las sábanas volverán a estar mojadas . Esto no es sostenible. No porque no pueda soportarlo —puedo soportarlo indefinidamente, y de hecho lo he hecho—, sino porque no es lo correcto. Este no es el tipo de vida adecuado para él. Ni siquiera ha aprendido a ir al baño. Necesito hablar con él.

Ya lo había pensado antes. Esta vez lo pensaría bien.

Apagó la luz del pasillo, fue a su habitación, se tumbó en su cama limpia y seca, se quedó mirando al techo un rato y luego se giró de lado y cerró los ojos.

Oliver dormía en su habitación, al final del pasillo.

Por la mañana, las sábanas estarían mojadas y el semen estaría encima como una especie de prueba de que era un adulto a pesar de las sábanas mojadas, la ropa interior mojada y la ropa interior sucia.

Capítulo dos: La conversación

Eligió un domingo para la conversación. No porque el domingo tuviera alguna cualidad especial que lo hiciera mejor que el martes o el viernes, sino porque la tarde del domingo tenía una sensación innata en la que confiaba. La nueva semana aún no apremiaba, el día terminaba sin prisas, y los dos se acomodaron en la casa como lo hacían ahora, con tranquilidad y sin prisas. Llevaba cuatro días esperando el momento adecuado, y ese momento era este. Después de cenar, con los platos lavados, Oliver estaba en la mesa de la cocina con un segundo vaso de agua porque no bebía nada más fuerte, y Sandra frente a él con su té, con la televisión aún apagada.

Había pensado en cómo empezar. Había ensayado varios comienzos en la lavandería, en el coche, despierta el jueves por la noche. Al final, dijo lo que siempre le había funcionado mejor con él: decir las cosas sencillas con franqueza.

—Quiero hablar contigo sobre la incontinencia —dijo—. Sobre las sábanas. Y también sobre los días. Tu ropa interior. Apoyó las manos sobre la mesa—. No lo digo con mala intención. No estoy enfadada, ni lo estaré. Simplemente creo que nunca hemos hablado de ello.

La miró. Desde el momento en que ella dijo «Quiero hablar», supo cuál sería el tema. Ella notó que él lo sabía, y su rostro adoptó esa expresión particular de siempre, una actitud de cautela, una especie de espera tensa. Él asintió una vez.

—De acuerdo —dijo con un suspiro apenas disimulado.

—Lo gestionamos —dijo ella—. Siempre lo hemos gestionado. La máquina funciona todas las mañanas. Yo tengo el cubo. Salimos adelante. —Lo observó—. Pero gestionarlo no es lo mismo que